El amor en Oriente

Por GONZALO DE REPARAZ

Publicista

I

Señores:

Empezaremos esta plática sin más prólogo que dos palabras sobre el amor en la Naturaleza. Todo cuanto vive ama, porque el amor es la fuerza misteriosa que mantiene la vida incitando a los seres a la reproducción. ¿De qué manera ama? Esto es lo que no sabemos. El amor es un hecho; un soberano ante el que nos inclinamos obedientes, que nos lleva y nos trae, del que hablan todos con suficiencia, pero cuya verdadera naturaleza todos ignoran con perfección.

Le vemos actuar desde el origen de los mundos, cumpliendo leyes eternas que tampoco sabemos quién le ha dictado. ¡Es tan corto nuestro saber! Corto y todo, nos ha bastado para averiguar que desde que hay Creación *la materia atrae a la materia en la razón directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias.*

¡Los astros se atraen! Y enlazados por la atracción fundan familias ¡a las que llamamos sistemas! Y procrean, engendrando satélites, mientras vástagos vagabundos cruzan los espacios, a través de la cósmica morada, condenados a eterna soltería. Contemplámoslos con asombro, llamámoslos cometas, y sabemos que van y vienen, cómo y cuándo, pero no por qué. El porqué primero de las cosas se nos escapa siempre. Está más allá de la ley enunciada y no le alcanzamos, ni le alcanzaremos.

De ella para acá algo se ha podido averiguar, aunque no mucho.

A Newton, que la descubrió, ha seguido Goethe. A la ley de la gravitación universal, que gobierna las relaciones entre los cuerpos, la ley de la afinidad electiva, que mueve a las almas y arrastra con ellas a los cuerpos respectivos. El poeta completando al matemático y naturalista.

¡Nada más lógico ni más simbólico! El uno ahonda en los arcanos de la materia; el otro en los del espíritu. Y materia y espíritu no son sino aspectos de un todo: las dos partes de la constitución del Universo.

El Universo vive porque ama, y ama porque vive. Esto sí podemos tenerlo por cierto. Pero ¿dónde empieza el espíritu y dónde la materia? Problema insoluble. Y siéndolo, también lo es el de dónde empieza el amor tal cual los humanos lo entienden.

Pero hay que entenderlo de otro modo.

Estudiando la vida vemos cómo la ley de la afinidad electiva rige las relaciones entre los cuerpos que la gente no cuenta en el número de los vivientes.

Afinidades misteriosas los llevan a asociarse para producir nuevos cuerpos diferentes de los que los engendraron. El hidrógeno y el oxígeno se combinan (H^2O), podríamos decir se casan, y producen el agua. Y el agua es la causa de la otra forma de la vida del Globo, la más perfecta, la que da a los poetas las fuentes cristalinas y los arroyos murmuradores, poblados de ninfas acogedoras y frecuentados por parejas de enamorados: la vida, sin la cual no hay amor. La reparte repartiendo las viviendas de los hombres, modelando los modos de vivir y los modos de amar; porque las formas del amor son el resultado del temperamento humano, y el temperamento humano lo forma el ambiente geográfico. No se ama lo mismo en las regiones del agua helada que en las de agua siempre tibia, en las húmedas como en las áridas, en las ricas como en las pobres, entre gente nómada y entre gente sedentaria.

En conclusión: la Tierra es un ser vivo cuya alma es el hijo del matrimonio Hidrógeno-Oxígeno: el agua, apadrinado por el Sol, cacique poderoso que lo distribuye y emplea a su guisa sutilizándolo, elevándolo y dejándolo caer donde le parece. Y con él va la fecundidad corriendo mundo y sembrando amor.

Nadie ha escrito una Geografía universal del amor. Sería, si se publicase, el más original e inesperado de los libros.

Me va a tocar esta noche comenzarle, trazando sumariamente su capítulo primero.

II.—*Oriente y Occidente*

Sepamos primero qué cosa es Oriente y qué cosa es Occidente: dónde empieza y dónde acaba cada uno. ¿Quién los define? No sólo la posición geográfica. Ateniéndonos a ésta, el Oriente empieza en las orillas del Pacífico: en el Japón. Luego vienen, más hacia acá, China y la In-

dia; pero éste es para nosotros otro mundo. Nuestro Oriente empieza aquende las montañas del Pamir y las mesetas del Irán. Los grandes imperios de ésta, los del Tigris, del Eufrates y del Nilo, son el principio geográfico e histórico de nuestra civilización. Nos sentimos emparentados con ellos. ¿Pero cómo?

Aquí surge otra cuestión: la del enlace entre ese Oriente y nosotros.

Los enlaces entre los pueblos y sus civilizaciones los hacen los caminos naturales. Ahora bien; entre el Oriente dicho y el Occidente nuestro, que acaba en las playas del Atlántico, cual el otro comienza en las del Pacífico, se interpone el Mediterráneo, obstáculo insuperable hasta que el hombre consiguió vencerlo inventando la navegación. Mas para esta época ya las principales razas occidentales habían tomado, unas, y estaban tomando otras, posesión de sus moradas históricas. Asia y Africa eran los manantiales de las corrientes humanas. Por el Norte venían, del Centro asiático, los arios (griegos, latinos, celtas, germanos, eslavos). Por el Sur los semitas (bereberes, púnicos, israelitas). Pero el camino septentrional, por estar sembrado de obstáculos naturales, era larguísimo, pues las distancias se miden por los obstáculos, y los había numerosos y grandes (selvas, montañas, ríos, pantanos, climas hostiles); y el camino meridional, pasillo abierto por la Naturaleza (llanos y mesetas continuándose unos a otros; ninguna montaña ni río interpuestos; el mismo clima, siempre benigno), brevísimo por facilísimo, convidando a recorrerlo; por donde el Oriente vino a extenderse por la vía del Sur hasta el Occidente, quedando tan confundidos que no hay medio de separarlos. He aquí la razón de que nuestra península, geográficamente occidental, sea histórica y espiritualmente oriental. Por espacio de muchísimos siglos, desde la aurora de los tiempos históricos hasta la victoria de los arios entrados por el Pirineo en la época que se llamó Edad Media, Iberia fué el Oriente en Occidente.

Los hombres que la habitaban eran, no todos, pero la mayor parte, de origen oriental, y, además, semitas, no arios; pero semitas de dos ramas: la berebere, africana, y la púnica-israelita-arábiga, asiática.

He aquí la razón de que el estudio del amor en Oriente deba comprender, para no quedar incompleto, la sociedad oriental establecida en este El-Moghreb-el Aksa, o Extremo Occidente, que dicen los árabes, sus maestros, civilizadores y colonizadores.

III.—*Semitas y arios*

Es general creencia de nuestros cultos, y aun de los supercultos a

que llamamos sabios, que los arios dignificaron a la mujer y los semitas la rebajaron. La creencia es falsa, como tantas otras de las que luminosamente brillan en las cumbres de nuestra cultura, tan necesitada de esencial reforma. La sirve de base inconmovible la fe en la superioridad del ario. Otro error. En la serie de los tiempos, el semita precede muchos siglos al ario en la función de crear civilizaciones. El ario es discípulo y heredero suyo. Aprende de él, entre otras nociones considerables, la del Dios Unico y extrahumano, base esencial de las sociedades arias, que quedan por eso semitizadas; y aprende otras muchas cosas que no me puedo detener a mencionar. Trazaría entonces no la presente breve reseña del amor en Oriente, sino la Historia de la civilización.

Para desengaño de los equivocados, comparemos.

En Grecia la mujer no podía heredar; no recibía dote al casarse; no tenía derecho alguno a la sucesión paterna; si un hombre al morir dejaba a una hija los bienes a él pertenecientes, pasaban a manos del marido de ésta como administrador de los hijos. Esta inferioridad legal no impidió a Aspasia gobernar despóticamente a Pericles, que despóticamente gobernaba a los atenienses. Grande es la fuerza de la ley, pero es mayor la fuerza del lecho. Y mucho pudo Aspasia, no sólo con Pericles, sino con otros. Tantos, que de ahí le vino el nombre de *hetaira*, o sea compañera, y el serlo de muchos no la impidió casarse con Pericles, y luego con un viejo rústico, pero rico. Tuvo casa para educar jóvenes buscadoras de compañía libre y alegre; y porque unos jóvenes de Megara le robaron dos discípulas en venganza de haber secuestrado unos atenienses borrachos a una muchacha de Megara de gran circulación, Aspasia llevó a Pericles a la guerra con Esparta. "Y de esta manera —dice Aristófanes por boca de un personaje de su comedia *Acarnianos*— tres prostitutas causan la guerra que abrasa a toda Grecia." Parecido origen, si no peor, han tenido otras. La que se prepara no será, seguramente; mejor nacida, por mucho que los patriotas la quieran ennoblecer.

Pero dejemos el Oriente ario y pasemos al semita.

Faltaban dos mil años para que viniera Pericles al Mundo, cuando ya en Babilonia la mujer no contraía matrimonio sin que en un contrato constasen sus derechos de esposa. La dote recibida al casarse le pertenece mientras vive, la transmite a sus hijos y, si no los tiene, vuelve a la casa paterna. Ausente el marido, ella administra los bienes de la familia. "Si ha sido buena ama de casa y no ha motivado murmuraciones", la ley le reconoce el derecho de separarse del marido y tornar a la casa

paterna, llevándose la dote conyugal. Al morir el marido tiene derecho a una parte de los bienes de éste, aunque no haya llevado dote. No teniendo *hijo varón, sino sólo hija, puede legar a ésta todos sus bienes.*

Así habla el código de Hamurabi 2000 años antes de Cristo, mas no innovando: sancionando leyes anteriores. Y con ser de tan remota fecha adelanta sobre muchos de nuestros códigos modernos, inspirados en la legislación greco-romana, la cual no dejaba a la mujer, para escapar a la esclavitud legal, más camino que el de la libre disposición de su persona hasta dar, de rebeldía en rebeldía, en la alta prostitución.

La Historia del Mundo está llena de Aspasias. Y no digamos la de España. Y la causa: la inferioridad legal de la mujer; el encierro; el equiparar el cuerpo femenino a una joya preciosa, por preciosa más buscada, por guardada más apetitosa, por apetitosa más dominadora de quien la busca.

Por eso el poder de una favorita en el harén pudo ser, y fué muchas veces, mayor que el de la esposa única, libre y asociada al hombre, ya que no de igual a igual, lo que según vamos viendo sólo empieza a suceder en nuestros días con alguna relativa libertad.

IV.—*La libertad del semita*

En la libre sociedad semita primitiva la mujer era, como el hombre, dueña de su persona, y el amor entre ellos resultado de esa libertad. El beduíno, semita típico, es el más libre de los hombres, con una libertad, una igualdad y una fraternidad (dentro de su tribu) que el ario o indogermánico nunca alcanza, por más revolucionario que se declare. La razón es que al beduíno le hace libre la sangre, o sea su propia naturaleza, y al ario doctrinas exóticas, pues él de por sí es jerarca y autoritario, y que aunque quiera salir de ello nunca puede del todo. El hombre del desierto (*bedaua,* de donde *bedauia,* beduíno) no se siente ligado a otro hombre más que por la sangre. La patria la define la genealogía. Y siendo todos de la misma sangre, ¿cómo pueden ser desiguales? La tierra es un elemento social secundario. Fijarse es degenerar. Por eso desprecia al sedentario, amante del bienestar y amontonador de riquezas. La nobleza la dan el amor a la libertad y a la gloria, la generosidad, el talento poético y la elocuencia. Los que no cultivan estas virtudes, las virtudes beduínas por excelencia, y sólo viven para ganar dinero, son ínfimos plebeyos. Para un beduíno, Rockefeller y Pierpont Morgan no pasan de despreciables pordioseros. ¡Si al menos fueran capaces de componer un bonito poema!

Cierto día un príncipe árabe recordaba ante un grupo de beduínos los bellos versos de un famoso poeta; pero ponderando también los bellos *presentes con que su padre le había* recompensado. Dijo entonces uno de los pastores que allí estaban:

—Sí; pero de esos presentes nada queda. En cambio, sus poesías viven y vivirán mientras haya hombres. Todo lo material es perecedero. Sólo aquello que viene del espíritu es inmortal.

He *aquí el alma de una civilización expresada* por uno de sus hombres típicos. Compárese con el alma de nuestra civilización aria, encerrada en los Bancos, flotante en las Bolsas, clasificando a los hombres en pobres y ricos, pagando mejor a un boxeador que a un poeta.

El amor, en esta sociedad espiritual no podía ser, y no era, meramente carnal. Las *mujeres de la tribu de Beni Usra llevaban* fama de enamoradizas. Ocasión hubo, según cuentan añejas crónicas, en que 30 de sus muchachas estuvieron a punto de morir de amor. Sírvame de ejemplo la trágica historia de una de ellas.

Llamábase Boteina. Estaba enamorada de un muchacho de su tribu llamado Schamil. *Oponíanse los padres a las relaciones; perseveraron* ellos en amarse y hablarse. Sentábanse a la sombra de una palmera y juntos pasaban largas horas. De noche reuníanse también. Y Schamil nunca se permitió otro contacto con su amada que posar la mano en el pecho de ella, sobre el corazón, y luego llevarla a los labios.

Schamil marchó a Egipto, pensando que *si allí se distinguía* y se hacía famoso, los padres de Boteina acabarían por admitirle. Logrado había, o poco menos, su propósito, cuando enfermó gravemente. Sintiéndose morir llamó a un amigo y rogóle que fuese a llevar a Boteina, con la triste nueva, su último traje.

Cumplió el mensajero su misión. Boteina, al recibir el recado y contemplar el traje, prorrumpió en amargo llanto. Después, como buena beduína, pasó a expresar su pena en sentidos versos.

Y así, dijo:

Jamás podré consolarme,
Schamil, de haberte perdido;
el bien y el mal de la tierra,
sin ti, me importan lo mismo.

* * *

Otra historia:

Ben Kais era un poeta famoso, orgullo de su tribu. Para una tribu

beduína poseer un gran poeta era el mayor de los honores. Un día, Ben Kais, pasando por la casa (tienda) de Mohaleck, pastor pobre, pidióle hospitalidad. Otorgósela Mohaleck, pues dar posada al peregrino es un precepto estrictamente arábigo, pero lamentándose de que su pobreza y las ocho hijas solteras que tenía que sustentar no le permitiesen recibirle cual quisiera. Ben Kais, compadecido y agradecido, díjole al marchar:

—Pronto habrás casado a tus hijas.

Y fué de tribu en tribu cantando en preciosas kasidas la belleza y las virtudes de las hijas de Mohaleck. De aquí a poco tenían las ocho marido, aunque pobrísimas, sin que la pobreza fuera obstáculo.

Este Ben Kais estaba perdidamente enamorado de su esclava Horaira, que era gran cantante. Componía poesías para que ella las recitara y se las dedicaba.

* * *

Esto sucedía en los tiempos premahométicos:

El mahometismo lleva también impreso, desde su origen, el sello del feminismo arábigo.

Mahoma era pobre, si bien de la noble familia de Koreich. Huérfano a los tres años, amparóle un tío suyo, Abu-Talib, comerciante. A los veinticuatro años entró a servir a Kadiya, directora de una importante casa de comercio. ¡Véase cuán lejos estamos del tipo de la mujer del harén! Kadiya, aunque andaba por los cuarenta, prendóse de Mahoma. Casaron. Y ella le amparó y fué su principal apoyo cuando él se sintió profeta. Sin Kadiya quizá no habría habido islamismo. En la lucha que siguió a la fuga (*higira*) de Mahoma, la mujer sigue interviniendo, cual en todos los actos de la vida árabe intervenía. Acompañaban a los hombres a la guerra; incitábanlos a la pelea; ofrecían sus favores a los más bravos. Todo lo contrario de lo que de la mujer oriental piensa la falsa cultura de que se enorgullecen los europeos. Una vieja decidió a Mahoma a la guerra contra los judíos medineses. Hind, la mujer de Abu-Sofián, fué uno de sus mayores enemigos. En la batalla de Ojod no paró hasta que entre los cadáveres halló el cadáver de Hazm, que la había despreciado y ofendido. Con un cuchillo le abrió el vientre y, sacándole el hígado, se lo mordió. De aquí su apodo de la *Comedora de hígado*.

Fué una de las diez personas a quienes Mahoma mandó matar cuando, repuesto del desastre de Ojod, entró vencedor en la Meka. Pero Abu-Sofián, que era de los buenos servidores del Profeta, se echó a

sus pies implorando el perdón de Hind, aunque ésta le había sido siempre infiel. Mahoma perdonó, pero mandó que, con otras mujeres, prestase juramento de fidelidad a la religión, enviando a Omar para que se lo tomara.

Pero Hind dijo que no lo prestaba sino al Profeta mismo. Admitida ante él como las demás, Mahoma la repitió uno a uno los preceptos que debía cumplir. Al decirla: "No hurtarás", contestó: "¿Cómo puede hurtar una mujer que está en casa de sus padres?" Cuando añadió: "No cometerás adulterio", dijo Hind: "¿Cómo puede cometer ese pecado una mujer que está con su marido?" Y todos se echaron a reír. El propio Mahoma no se pudo contener.

* * *

De esta Hind nació Mohaviya, el fundador del Jalifato de Damasco. De tal palo, tal astilla. Mohaviya transformó el imperio de ascético y patriarcal en fastuoso y autoritario. Damasco era la gran ciudad de sedentarios fastuosos, corrompidos, refinados, por el beduíno detestada. Entre las mujeres del Jalifa estaba Reisuna, hija del desierto, amante de él y de la libertad. Cantaba su aburrimiento en bellos versos, de los cuales éstos fueron muy celebrados:

Con un traje de pieles
era yo más dichosa
que con las rozagantes vestiduras
que aquí siempre me adornan.
Mi tienda del desierto,
a través de la cual el viento sopla,
prefiero a los alcázares;
allí mejor se mora.
El reposado andar, de mansa mula,
me cansa, y no el camello cuando trota;
más me agrada el ladrido de mi perro
que el son de los timbales y las trompas.
Un pastor de mi tribu
más valor atesora
que todos estos necios cortesanos,
y su lujo y su pompa.

El Jalifa, oyendo la composición, exclamó:

—Si tan mal te va en Palacio y tanto deseas volver al desierto, Reisuna, libre eres de hacerlo cuando gustes.

No esperó la beduína a que se lo dijeran dos veces.

Fuése y nunca volvió.

V.—*Cómo se ama en el Sahara*

Hay otra tierra sin agua que da parecido tipo de sociedad y de hombres, es decir, nomadismo y libertad: el Sahara, donde vive el imujar, llamado por los árabes *targui,* plural, *tuareg.* Pero como *tuareg* quiere decir en árabe salteador nocturno, a los imujar no les gusta el apodo.

En la sociedad imujar la mujer es superior al hombre. La estirpe la transmite la madre. Cobra los tributos (*tiusé*) de los imrad (vasallos). Es el vientre el que determina la calidad del vástago. Es libre. No se cubre la cara. Sólo usa el velo (*ikerhi*: mantilla) para significar su respeto a algún personaje (1). Va y viene sola de campamento en campamento. Ha impuesto la monogamia. Aun casada, puede tener amigo (*amidi*), que cante su belleza y virtudes; caballero andante que se contenta con recibir algún objeto de su uso personal. Recibe la visita de cualquier hombre en ausencia del marido y se la devuelve. Sus bienes siguen siendo suyos después de casada. Sus camellos llevan la marca de su casa. No se dedica a las faenas domésticas sino si buenamente quiere. Al casar se reserva el derecho de acampar junto a sus padres para irse acostumbrando a la separación. Este derecho dura un año. Para divorciarse le basta marcharse de casa del marido e irse con sus padres. Todas tienen su *mehari* y su silla de montar propia. Ella constituye el elemento culto de la sociedad targui. Sabe leer y escribir y es la que enseña a los niños. Tienen reuniones musicales *(ahal-pl. ihal-len)*. Basta que en un campamento coincidan hombres y mujeres para que surja el *ahal*. Apenas puesto el sol, ordeñadas las camellas, el *ahal* comienza. Las mujeres llevan sus instrumentos *(imz aden)*. Los hombres requiebran a las mujeres. Quizá el piropo es un resabio berebere. El galanteo se llama *asri*. Los celos están prohibidos. El celoso, si le hubiese, daría que reír a todos, hombres y mujeres.

El hombre es el que se presenta con la faz velada. Se dirige a la mujer y después del saludo de rigor la tiende la mano abierta, sobre la que ella aplica la suya, abierta también, y se sienta a su lado diciendo:

—¿Iselane? (¿Qué noticias?)

Si ella contesta *Iluane* (hay muchas), es que admite el galanteo.

El targui es poco religioso. La muchacha le pregunta a veces: ¿A quién quieres más, a Dios o a mí?

La respuesta podéis imaginarla.

Empieza el concierto. Los imz'aden suenan al unísono tocados por

(1) A la mantilla añade la peineta. Estas prendas son bereberes.

ellas, mientras ellos entonan breves canciones, compuestas en honor de sus cortejadas.

Vienen luego juegos de prendas. Las mujeres eligen una sultana. Los hombres, un sultán. Ellos imponen los castigos y distribuyen los premios. Los mozos deben responder rápidamente a las preguntas que se les hacen.

Por ejemplo, ésta:

—¿A quién quieres más, a Taberurt (Felicidad) o a Tehit (Mosquita)?

Si contesta declarándose por una de las dos será abucheado por toda la concurrencia, y la preferida quedará agraviada. La respuesta debe ser:

—Las quiero igual a las dos.

Luego vienen otras preguntas igualmente preparadas para poner a prueba la discreción de los varones.

Tales como las siguientes:

Tamott tekness.
Ehere iuof.
Taihett ter'tess.
Tir'irt tuoss.

Lo que traducido del tamachet al castellano significa:

La mujer que disputa.
El rebaño que se dispersa.
La burra que se suelta.
La olla que se vuelca.

Ante este cuádruple conflicto, ¿qué hará el muchacho?

Si se las da de listo, debe responder:

—Atiendo primero al rebaño; luego ato la burra; después pongo la olla derecha, y sólo entonces atenderé a la mujer.

A lo que corresponderá un coro ruidoso de protestas femeninas.

El *ahal* se prolonga hasta el amanecer. A la pálida luz de las últimas estrellas, parejas aisladas celebran diálogos íntimos, acompañados de besos y exploraciones manuales. Luego, al rayar el alba, algunos bultos se arrastran y penetran en las tiendas, deslizándose entre éstas y el suelo.

A la influencia decisiva de la mujer se debe muchas veces la conservación de la paz, o el restablecimiento de ésta cuando está alterada. La muchacha que adquiere fama de bella e inteligente alcanza gran importancia social y política. Tales, en nuestro tiempo, Dasina y Meluka, en el Ahaggar.

En un combate basta que los que llevan la mejor parte griten insolentemente a los contrarios: "*¡Hia! ¡Hia! ¡Hia! ¡No tendréis amz'ad!*",

para que éstos se reanimen y vuelvan a la carga, porque lo que más temen es que las mujeres los menosprecien y no quieran admitirlos en sus fiestas.

Así se ama en las tierras abrasadas por la sed. Sería curioso decir ahora cómo se aman hombres y mujeres de las tierras heladas, donde grandes ríos cruzan inmensos desiertos. La comparación entre el iglú del Inuit y la tienda del imujar o del beduíno, resultaría sobremanera interesante. Pero el tema no cabe aquí. Queda para mi Geografía Universal del amor, si al fin me decido a escribirla.

VI.—*El amor en el Oriente occidental*

Vengamos ahora a nuestro Oriente extremo u occidental, a España.

La mujer musulmana, como perteneciente a la raza bereber, preponderante en la Península, gozó siempre de bastante libertad. Asistía a las reuniones públicas, salía de casa descubierta, poseía bibliotecas, gustaba de trovas y cantares. Estos prueban el carácter, unas veces carnal, otras espiritual, del amor en aquella sociedad, refinadamente culta, que fué maestra de Europa. También el *amz'ad* imperaba, aunque con otros nombres.

He aquí algunas muestras:

Canciones que en las serenatas de Andalucía solían cantarse:

En el cielo la luna
radiante luce,
pero pronto se vela
de negras nubes;
que al ver tu cara,
envidiosa, se esconde,
y avergozada.

Una eternidad dura
la noche triste
para el enamorado
que llora y gime;
mientras él vela,
ni querida, ni amigos,
oyen sus quejas.

La desdicha me tiene
de ti muy lejos;
mas a tu lado vive

mi pensamiento;
tu dulce imagen,
vagando ante mis ojos,
llorar me hacen.

Estas seguidillas cuentan mil años o más.

Versos de la princesa Um-el-Kiram (¡a lo Imujar!), celebrando a su querido Sammar:

¿Quién extraña el amor que me domina?
El sólo le mantiene
rayo de luna que a la tierra viene,
y con su amor mis noches ilumina.
El es todo mi bien, toda mi gloria;
cuando de mí se aleja,
ansioso, el corazón, nunca le deja,
y le guarda presente en la memoria.

Versos de Said-Ibn-Chudi a su amada:

Desde que su voz oí
la paz y el juicio perdí;
y su dulce cantilena,
me dejó tán sólo pena
y ansiedad en pos de sí.
Jamás a verla llegue,
y en ella pensando vivo;
de su voz me enamoré,
y mi corazón, cautivo
por su cantar, la dejé.

Versos eróticos (Ibn-Chafadche):

Cuántas noches contigo, deliciosas,
vino en el mismo cáliz yo bebía,
y nuestro hablar, suave, parecía
el susurro del céfiro en las rosas.
Perfume dulce el cáliz exhalaba;
pero más nuestros juegos, más las flores
que de tu seno y ojos seductores
y de tus frescos labios yo robaba.
Sueño, embriaguez, un lánguido quebranto,
rindió tu cuerpo hermoso,
que entre mis brazos a posarse vino;
pero la sed, en tanto,

apagar quiso el corazón ansioso
de tu boca en el centro purpurino.
Fué entonces limpia y rutilante espada
y fué bruñido acero tu figura,
al desnudar la rica vestidura
tan primorosamente recamada.
Y yo estreché con brazo cariñoso
tu esbelto talle y delicado seno,
besé tu sereno
rostro, que, sol hermoso,
para mi bien lucía,
dando ser a mi alma y alegría.
Toqué con ambas manos
toda la perfección de tu hermosura,
anchas caderas y cintura breve,
y dos alcores cándidos, lozanos,
que separa de un valle la angostura,
y que están hechos de carmín y nieve.

Hinda era una hermosa poetisa y cantante andaluza que (para emplear el lenguaje moderno) daba conciertos en casas particulares. He aquí cómo la invitaba a venir a la suya el poeta Abn-Aamir:

Ven a mi casa: Ansían tu presencia
un círculo de amigos escogidos;
escrúpulo no tengas de conciencia,
que no se beberá nada prohibido.
Ven, Hinda, que agua clara
sólo como refresco se prepara.
De ruiseñores un amante coro
en mi jardín oímos;
mas todos preferimos
tu voz suave y tu laúd sonoro.

Respuesta de la concertista, escrita al dorso de la misma carta:

Señor, en quien la nobleza
y la elevación se unen,
que allá en los siglos remotos
hubo en los hombres ilustres;
Hinda cede a tus deseos,
y al punto a tu casa acude,
antes que tu mensajero
quizá ella te salude.

Los emires y jalifas cordobeses tenían cada uno su harén, como los magnates y monarcas orientales. Pero en el harén mismo la mujer española no era la esclava sumisa que muchos imaginan. Así, la hermosa Tarub, que traía loco a Abderramán II, no le abría la puerta de su cuarto cuando quería él, *sino cuando quería ella*; y para que ella quisiese tuvo más de una vez el emir que amontonar a la entrada del aposento de Tarub muchos saquitos llenos de oro. Además, Abderramán, poeta, como todo musulmán culto (él ya no era propiamente árabe, sino *hispanoárabe*), la escribía tiernos versos. Respondiendo a los que Abdalá-ben-usch-Schamr dedicara a las magníficas joyas de Tarub, Abderramán escribía:

Excede a toda poesía
la poesía de tus versos.
¿Quién no te admira si tiene
corazón y entendimiento?
Tus cantares se deslizan
en lo profundo del pecho,
pasando por los oídos
con un mágico embeleso.
De cuanto formó el Creador
para ornar el Universo,
es esta linda muchacha,
cifra, dechado y modelo.
Sobre jazmines las rosas
en sus mejillas contemplo;
es como jardín florido,
es mi deleite y mi cielo.
¿Qué vale el collar de perlas
que rendido le presento?
Mi corazón y mis ojos
lleva colgados al cuello.

Así se amaba en la España musulmana; en los palacios como en las humildes moradas, y así se cantaba el amor. Así se amaron la famosa poetisa granadina Hafsa y el también gran poeta Abu-Chafar; Sobeya y Almanzor; Walada, princesa, y Abu-Zeib, poeta, príncipe de la poesía, y, finalmente, El Motadid y Romaiquia.

Pero esta historia de amores, por El Motadid mismo, cantada en versos inmortales, no cabe ya en la presente conferencia. Quédese para otro día, señores, pues es larga y va seguida de otras que piden algún espacio para narrarlas dignamente.

1. *Los amores de El Motamid y Romaiquia.*

Hemos caminado de Oriente a Occidente, y de los semitas de Asia

hemos pasado a los de Africa; de árabes y sirios a bereberes y tuareg. Entremos, finalmente, en el Extremo Occidente, que es, en realidad, el Extremo Oriente occidental. El Korán se extiende hasta él al mismo tiempo que marcha hacia el Oriente Extremo, apoderándose de Persia y desembocando en la India. Y según las razas que con el árabe colaboran, así cambia de aspecto la civilización islámica, a pesar de la unidad constitucional que del libro santo recibe. Por eso no hay cultura árabe, sino cultura musulmana.

Y, olvidada ya por el amor la libertad beduína, evoluciona hacia el *harén*, es decir, el encierro de la mujer. Sólo el nómada sahárico, el imujar, escapa, aunque musulmán, a esa ley. ¿Védale la pobreza cumplirla? ¿Védaselo su temperamento? Difícil problema. Lo cierto es que en la tierra de la sed, Arabia o Sahara, el amor es sobrio, aunque ardiente. Pero donde la vida es fácil, el lujo impera, y hay una casta superior que de él disfruta, el *harén* triunfa.

En Oriente ese triunfo fué más completo que en nuestro Occidente orientalizado. Sin embargo, de El Motadid, segundo rey de Sevilla, se cuenta que tuvo 850 mujeres. Cierto que este El Motadid se parece mucho al primer jalifa de Bagdad, Abú el Abbas el Saffar, es decir, *el Sanguinario*.

Pues bien, en el *harén* sevillano nació una de las más dramáticas y bellas historias de amor que recuerda la Historia, no menos digna de ser leída y sentida que las más famosas de las *Mil y una noches*. La historia de El Motamid y Romaiquia.

Voy a contárosla brevemente:

* * *

El Motamid, hijo de El Motadid, fué el tercer monarca de la dinastía Abbadita, de Sevilla. Era, como el padre, poeta y guerrero, aunque mejor poeta, pues en esto alcanzó un punto por nadie superado, y menos cruel; en la crueldad, El Motadid, reconoció pocos iguales y ningún superior. En manos de El Motamid, el reino de Sevilla vino a ser el primero de la España musulmana en poder y cultura.

Parte de la mocedad la había pasado en Silves, lugar delicioso del paradisíaco Algarve. Allí conoció a otro literato insigne, Ben Ammar, y cuando subió al trono le nombró su canciller. Despachaban juntos los negocios de Estado y luego dábanse a las musas, componiendo versos. Solían salir juntos, disfrazados, gustosamente mezclados con el pueblo.

¡Nada más oriental! Cierto día, paseando junto al Guadalquivir, como un suave vientecillo rizara la corriente, El Motamid dijo:

El viento transforma el río
en una cota de malla,

Ben Ammar, que debía acabar los versos, no acertaba. Pero una muchacha que pasaba añadió:

mejor cota no se halla
como la congele el frío.

Miró el rey asombrado a la improvisadora. Creció su asombro al ver que era hermosísima. Mandóla seguir; hizo que se la llevaran a Palacio y, averiguado que era soltera, tómala por mujer.

Así entra en escena Romaiquia, por otro nombre Itamad.

Pronto fué reina, no ya de Sevilla, sino del corazón del rey. Era alegre, ingeniosa, caprichosa en extremo, pero no menos extremado El Motamid en satisfacer todos sus caprichos.

Era todo El-Andalús una tierra de ensueño, paraíso de los poetas, vivero de sabios en todas las ciencias excelentes y famosos, donde cada ciudad semejaba una Academia o Ateneo, y el hombre más considerado era el que hoy llamaríamos intelectual.

Y, naturalmente, también el mejor remunerado.

Oyendo El Motamid recitar una poesía en la que se decía que la fidelidad era mentira tan grande como aquella en que se contaba que un poeta había recibido como presente mil monedas de oro, preguntó:

—¿De quién son esos versos?

—De Abd-el-Schalil—le contestaron.

—¿Es posible—exclamó el rey—que un buen poeta, servidor mío, repute fabuloso un presente de mil monedas de oro? Que le envíen esa suma inmediatamente.

La vida de El Motamid y Romaiquia corría feliz. Pasábanla en bellos y frondosos jardines, de festín en festín, de serenata en serenata, deleitándose en oír a los mejores cantantes y poetas; de día, a la sombra de árboles y emparrados; de noche, a la luz de la luna o de las estrellas, hasta la pálida luz de la aurora. El Motamid recibía embajadores que le saludaban en verso, y a los que él del mismo modo contestaba en el acto.

La conquista de Toledo por Alfonso VI, en 1085, fué la primera nube en el cielo azul de la Corte de Sevilla. Toledo era la avanzada de

la cuenca del Guadalquivir en la meseta y su primera defensa. Caída, peligraban Córdoba, Sevilla: todo el Islam español. Este, no pudiendo defenderse solo, tuvo que llamar a Yusuf ben Taxefin, emperador de los almoravides, conquistador ya de todo Marruecos. El Motamid, perspicaz político, claramente vió el peligro de la llamada. Pero no podía evitarlo. Tenía que optar entre Alfonso y Yusuf. Optó por Yusuf, musulmán como él. El cual vino y derrotó completamente a Alfonso en Zalaca (1086). Pero a los cuatro años, Yusuf proclamábase señor de Andalucía. Sucumbió primero Córdoba, tras heroica resistencia, dirigida por Mamún (hijo de El Motamid), que en ella murió. Tocóle el turno a Sevilla muy luego, mostrando El Motamid en la defensa no ser menor soldado que poeta. A su lado cayó su otro hijo, Malik. Sevilla fué devastada por los bárbaros; los palacios de El Motamid destruídos; él y Romaiquia prisioneros; su hijo, Ar-Radhi, gobernador de Mertola, muerto. Yusuf mandó a Africa a El Motamid, Romaiquia y sus hijas, cargados de cadenas, encerrando al monarca en la fortaleza de Agmat, al pie del Atlas.

III

Con la caída del rey comienza la ascensión del poeta. Al ponerle las cadenas prorrumpió en estos versos:

Cadena que, cual serpiente,
en torno ciñes mi cuerpo,
antes que tus eslabones
me aprieten y den tormento,
ulcerándome los pulsos
y quebrándome los huesos,
piensa en lo que he sido antes
y en que me debes respeto.
La mano que ligas hoy,
generosa en otro tiempo,
amparaba al desvalido
y premiaba a los ingenios;
y si empuñaba el alfanje
en el combate tremendo,
las puertas del Paraíso abría
y las del Infierno.

Sus desgracias fueron constantemente aumentando. Su constancia para sufrirlas, también. Matáronle los hijos varones que le quedaban. Sus hijas vivían miserablemente, descalzas y rotas, de lo que hilaban. Pero Romaiquia y él seguían amándose tiernamente. El pobre preso

cantaba su grandeza perdida, sus palacios destruídos, la muerte de todos sus hijos, la triste suerte de sus hijas, con inspiración magnífica:

Cuando estabas libre,
las fiestas solían
el alma alegrarte
que hoy gime cautiva.
Cubiertas de harapos
hoy ves a tus hijas,
que hilando afanosas
se ganan la vida.
Llorando a ti llegan,
muertas de fatiga;
sus áridos labios
tu frente acarician.
Hollaron un tiempo
regias alcatifas,
sobre ámbar y algalia
las plantas ponían.
Con los pies desnudos
ora el lodo pisan,
ora la miseria
sus rostros marchitan
y lágrimas ora
surcan sus mejillas.
Bien es que lamentes
la fiesta del día (1),
esclavo te hizo
del hado la envidia;
el hado que antes
brindábate dichas.
En vano en su fuerza
los reyes confían:
el poder es sueño;
la gloria, mentira.

Todo acaba en el mundo y al fin acabaron los tormentos de El Motamid y Romaiquia. Juntos murieron y juntos yacen enterrados en Agmat. De sus hijas sólo se sabe que una fué vendida como esclava en Sevilla. De uno de sus nietos, que era platero en la misma ciudad.

Pero de su estro poético quedó eterna memoria en el pueblo que conserva la lengua en que escribió.

Cierta noche, un andaluz, peregrino en Arabia, huésped de beduínos lajmitas, recitaba sentado a la puerta de la tienda poesías de El Motamid.

---

11) Celebrábase una fiesta en Agmat.

Al acabar una de ellas surgió ante sus ojos el chej de la tribu, hombre de venerable aspecto y grave ademán, el cual, en aquel árabe purísimo que todo beduino procura hablar, díjole:

—Dime, huésped a quien Dios bendiga, ¿de quién son esos poemas límpidos como un arroyo, frescos como césped recién regado por la lluvia, tiernos y suaves como la voz de una doncella y vigorosos y sonoros como el grito de un camello joven?

—Son de un rey que ha reinado en El-Andalús, llamado Ben-Abbas—respondió el peregrino.

—Supongo—replicó el chej—que su reino sería pequeño y que, por consiguiente, podría consagrar su tiempo a la poesía, porque a quien tiene otras ocupaciones no le queda vagar para componer versos como ésos.

—No era así en este caso. El rey reinaba sobre un vasto territorio.

—¿Y me puedes decir a qué tribu pertenecía?

—Sí; a la tribu de Lajm.

—¿Qué dices? ¿Era lajmita? ¿Era de mi tribu?

Y lleno de júbilo púsose a gritar con voz potente:

—Sus, gente de mi tribu. ¡Alerta! ¡Alerta!

En un instante toda la tribu acudió, rodeando a su jefe, el cual rogó al viajero que recitase de nuevo aquellos versos. Entusiasmaron a todos como a él; pero cuando supieron que el poeta era lajmita su júbilo alcanzó el más alto punto posible. Montaron a caballo, hicieron una brillante fantasía, y colmaron de presentes y de bendiciones al huésped que les había recitado los cantares de aquel monarca remoto y desconocido, a quien ya llamaban primo.

En España este poeta, hermano de sangre de los españoles, es desconocido, y la historia de sus amores con Romaiquia, inspiradores de su lira, la primera del Occidente oriental, ignorada.

II. *Dos tragedias amorosas en Bagdad.*

Volvamos a Oriente.

La mezcla islamizada de árabes y persas dió un producto diferente de la mezcla arábigohispana con igual fermento, pero nótase entre ellas un curioso paralelismo, por nadie, que yo sepa, hasta ahora estudiado, ni siquiera hallado.

Los abasidas buscaron para la suya nueva capital y la establecieron en las márgenes del Tigris, como los ommíadas la propia en la del Guadalquivir. La diferencia consiste que éstos aprovecharon una antigua e

ilustre ciudad: Córdoba, la bien situada en el punto de dispersión de todos los caminos por donde circula en Andalucía el hombre, yendo y viniendo por el valle y del valle a la meseta o de la meseta al valle. Lo misma la capital abasida, al pie de las montañas y mesetas de Irán y dominando las comunicaciones con Mesopotamia. Llamáronla Bagdad, del persa *baghdad*, la "Dada por Dios", y el tener persa el nombre ya es síntoma de la naturaleza del nuevo imperio, en el que el soberano seguirá llamándose jalifa y titulándose defensor de la fe, pero dejará de ser patriarcal, popular y de austero vivir como los inmediatos sucesores de Mahoma, para elevarse a la categoría de Divinidad viviente, completamente a lo oriental: rodeado de toda la pompa y reverenciado tan mayestáticamente como su enorme superioridad sobre los mortales pide. Añadamos un detalle confirmativo del paralelismo arriba dicho. Si los abasidas no aprevecharon alguna antigua y famosa ciudad para establecerse en ella como dioses, no le anduvieron lejos, porque Bagdad está cerca de Babilonia, y con ladrillos de las ruinas de ésta se construyó, en parte, la nueva metrópoli.

En el nuevo estado teocrático pronto preponderaron los persas. Y como estando ahora tan alto el soberano, ya junto al cielo, necesitábase un órgano de enlace entre él y el pueblo, la necesidad creó el órgano: el *visir*, del persa, *vazir*, personaje encargado de gobernar y administrar en nombre del jalifa. Vémosle reaparecer en Occidente (menos en tiempo de Abderramán III, quien, muerto el suyo, no le sustituyó, gobernando directamente) y luego en la gobernación castellana, donde los hubo famosos, y de incomparable ineptitud, como el Duque de Lerma, el Conde-duque de Olivares, don Luis de Haro, etc. El orientalismo de nuestro Occidente no se detiene ni ante el Evangelio. Más adelante, al tratar del amor místico, lo veremos con mayor claridad todavía.

La noble y poderosa familia persa de los Barmekidas dió los primeros y más célebres visires a los abasidas.

Descendía de Barmek, sacerdote de Zoroastro, y era oriunda del Jorasán, donde tuvo a su cargo largo tiempo la administración y gobierno del famoso templo del Fuego, llamado de Navbehar, en Balkh. El primer barmekida musulmán tomó el nombre de Abdal-lá, reinando el jalifa Othman. Un hijo de este Abdal-lá fué capitán famoso en tiempo del primer abasida, Abú-el-Abbas, y de su sucesor El-Mansur, el fundador de Bagdad. Llamábase Jalid, y en parte se le debe el lujo y esplendor de la nueva Corte, lujo y esplendor que alcanzó su apogeo en el visirato de su hijo Yahia (Juan), visir del jalifa Harun el Raschid (el Justo), famosísimo en la Historia.

A la riqueza y esplendor de la Corte correspondía la de la casa del jalifa, sobre todo la de su *harén*. Con aquélla y con ésta competían los del visir. Lejos estábamos ya, aunque no mucho, en el tiempo (Harun el-Raschid ascendió al jalifato en 786) de aquella sociedad beduína donde la mujer era tan libre como el hombre.

La esclavitud femenina produjo tragedias sólo en el *harén* posibles. La mayor de todas la que motivó la desastrosa caída de los Barmekidas.

Tenía Yahia dos hijos: Fadhl y Giafar, ambos discretos y apuestos. Pero Giafar conoció a la bella Abbasa, hermana de Harún el-Raschid, y prendóse de ella. Por aquí vemos que el *harén* no era tan cerrado, ni las princesas arábigopersas iban tan tapadas como el vulgo piensa. Y mejor nos declaran esta verdad el resultado que estos amores de Giafar y Abbasa tuvieron: que fué quedar embarazada Abbasa y dar a luz un niño. Guardias habría en el *harén*, pero de nada valieron. Ya Lope de Vega lo dijo siglos después en España, donde infinitos *harenes* místicos, llenos de esposas del Señor (que decía la Iglesia), guardaban cuidadosamente almacenadas virginidades condenadas al amojamamiento:

El imposible mayor
para las fuerzas humanas,
es guardar una mujer
si ella misma no se guarda.

Supo Harun el-Raschid que Abbasa no se había guardado; averiguó el nombre del seductor; alborotósele la divinidad, ofendida del atrevimiento de un mortal a su altísimo linaje; quiso hacer un escarmiento. Y le hizo tal como de un descendiente de Abu el Abbas, el Sanguinario, fundador de la dinastía, podía esperarse. Mandó matar a Giafar, a Abbasa y al niño fruto de sus amores, y dicen (no estando esto bien averiguado) que los mandó sepultar bajo su trono, para poder sentarse sobre sus despojos mientras viviera.

De uno de sus sucesores cuéntase otro caso no menos trágico:

Supo el jalifa que su favorita tenía un amante, muchacho, sin duda, tan enamoradizo como atrevido, pues la dama era bella, pero el peligro de amarla a costa de la propia vida, cierto. Juntos estaban amándose lo más tierna y encendidamente posible, cuando llamadas harto conocidas en la puerta anunciaron que se acercaba el jalifa. Había en la estancia un magnífico arcón cubierto de ricos almohadones. En él se sumió el joven amador, cortado súbitamente el hilo del placer.

Entró el soberano majestuoso y sonriente. Con su más dulce sonrisa, cual si impaciente le esperase, recibióle la esposa descarriada. El, afable y curioso, tendió la vista por la estancia. ¡Nada! ¡Nadie! Sonrió de nuevo, fuése al arcón y sentóse.

—He venido—dijo a la dama que, mirando al mueble, también sonreía—a pasar un rato contigo, y a que me cantes alguna de esas deliciosas canciones con que me haces olvidar el aburrimiento de los negocios de Estado y las amarguras de esta pícara vida.

Alegre e insinuante la bella muchacha cantó lo mejor de su repertorio, hasta que el jalifa, complacido y satisfecho, la dijo:

—Famosa noche me has hecho pasar, sí por Dios. En recuerdo de ella te pido que me dejes llevar cualquier objeto de tu cuarto.

—Aquí todo es tuyo, incluso yo—respondió ella mirándole enternecida.

—Pues me llevo el arcón en que estoy sentado—dijo luego el jalifa, en tono entre burlón y zalamero.

Dicho y hecho. Vinieron eunucos; lleváronselo en volandas, aunque algo pesado el mueble, y cuentan que el jalifa lo hizo enterrar bajo su estrado sin tener siquiera la curiosidad de mirar lo que había dentro.

De la favorita no dice la Historia lo que hizo.

III. *El amor en el Ateneo de la Corte persa.*

La gente culta reuníase en tertulias en las que se debatían los más arduos problemas que inquietan al espíritu humano. Eran como Ateneos libres y elegantes. El primero, el de los Barmekidas. He aquí cómo cuenta El Massudi uno de los más singulares debates que en éste se vieron.

Yahia ben Jalid ben Barmek era docto, erudito, amante de indagaciones y del libre examen, y solía reunir amigos que como él gustaban de inquirir y de discurrir libremente, unos, teólogos del Islam; otros, pertenecientes a opiniones y sectas diversas. Cierto día que con él estaban, Yahia les dijo: "Habéis discutido largamente acerca del estado embrionario del alma a su aparecimiento en la existencia; acerca de la preexistencia y de la Creación; de la duración y de la estabilidad de las cosas; del movimiento y de la inercia; de la unidad y de la disgregación de la sustancia divina; del ser y del no ser; de los cuerpos y sus calidades; de la aprobación y de la refutación de las fuentes tradicionales; de la admisión y de la negación de los atributos de Dios; de la energía y de la acción; de la sustancia de las cosas y de sus modos y calidades; de las relaciones entre ellas y de la existencia y del acabarse la existencia. Habéis examinado si la dignidad del Jalifa es de derecho divino o electiva, y debatido sobre otras materias filosóficas y sus corolarios. Ocupaos ahora del amor, y

exponga cada uno de vosotros lo que se le ocurra sobre este asunto, según el leal saber y entender de cada cual.

Y aquel mismo día comenzó el examen de tan ardua materia, en la que intervinieron 13 de los más eximios sabios allí congregados. Comenta El Massudí que no pudieron venir a un acuerdo sobre qué cosa sea el amor, ni sobre su esencia, limitándose a exponer sus efectos morales y físicos.

Reanudóse el debate años después, reinando el Jalifa El Muntansir, al opinar sobre cuál era la pérdida que más podía afligir a un espíritu humano, prevaleciendo el parecer de que la pena mayor la produce la separación del ser amado. Sucedía esto hacia el 862.

IV. *Turcos y españoles.—Influencia del harén en la conservación de las estirpes reinantes.*

A los arábigopersas sucedieron los turcos, con el espantoso intermedio de las invasiones mogólicas, y al *harén* el serrallo. Si *harén* es árabe, serrallo es persa. Viene de *serail*, palacio.

Los turcos, al principio, eran gente pastoril, es decir, nómada y guerrera, habitantes de los desiertos del Asia central. Conocieron el *harén* cuando entraron en la civilización sedentaria y urbana. Lleváronlo a Constantinopla cuando hicieron de esta ciudad su Bagdad, mediado el siglo xv. El serrallo de los Osmanlis ejerció profunda influencia en los destinos de Europa, porque los grandes sultanes del nuevo Imperio estuvieron las más de las veces gobernados por mujeres, como la circasiana Roxolana y la judía portuguesa, Mendes de apellido, que tanto influyó en la guerra de los turcos contra los cristianos.

El serrallo de Constantinopla, obra de Mohamet II, conquistador de la ciudad, era como otra ciudad, situada en la parte más oriental de aquélla y defendida por un cinturón de piedra flanqueado por altas torres, entre las que sobresalía una cuadrada y guarnecida de pequeñas cúpulas. Dentro, un ejército de eunucos guardaba los tesoros del placer reservados al Señor de los creyentes.

Dos eran generalmente los personajes más influyentes: la mujer preferida del sultán y la madre de éste, o *valide*.

Así, en las tierras orientales, la mujer ha dirigido el destino de las naciones, sea como amada por bella, sea como temida y respetada por madre. El amor sexual o el amor maternal mandaban. Exactamente cual sucedía en las sociedades occidentales de constitución monogámica. Cierto que la monogamia era aparente, y que apenas hubo rey cristianísimo de Occidente que se contentase con una sola mujer. Pero únicamente los hijos legítimos heredaban, salvo casos excepcionales, del todo revolucionarios, como el Don Juan I de Portugal. De aquí la rápida degeneración de las estirpes reinantes, productoras de frutos podridos apenas nacidas. Ya el hijo mayor de aquel don Eduardo, no es más que un buen literato débil y apelelado. Su nieto, Alfonso V, un bruto batallador. En Castilla tenemos, para nuestra enseñanza y recreo, la serie de los Trastamaras (mezclada con la de dicho Don Juan I de Aviz), los Austrias y los Borbones, hasta el último inclusive, calamidad reciente.

En cambio, vemos a la dinastía Ommiada dar por espacio de más de doscientos años (756-961) monarcas de mediano o de superior talento, ninguno degenerado, hasta Hixam II (976). La razón de esto es la libre elección, o digamos, la selección, de la madre. Los emires y jalifas cordobeses no casaban con parientas. Agentes del Palacio de Córdoba buscaban mujeres hermosas y robustas para el *harén* del descendiente del Profeta, y esta renovación constante de la sangre conservó la robustez de la estirpe reinante hasta que la acción del ambiente hizo, al fin, sentir sus efectos, apareciendo entonces los primeros estigmas de degeneración. Por acción del ambiente ha de entenderse el ejercicio hereditario del poder absoluto, las influencias palatinas reiteradas años y años, y (en lo tocante a Hixam II) una educación devota expresamente administrada para entregarle indefenso en manos de su madre Sobeya (Aurora) y Almanzor, amante de ella. Sobeya era vascongada. En el Pirineo solían buscar los reclutadores de buenos tipos para el *harén* las mujeres destinadas al jalifa o a sus hijos. Dícese que las preferían rubias. Sobeya era una hermosa hembra. El Jakán, su marido, hombre de gran talento. La idiotez de Hixam no fué tanto producto de la herencia como del artificio. Hixam no era idiota. Fué idiotizado, y acabó siendo una especie de Carlos II el Hechizado, último Austria, idiotizado por sus antepasados: producto lógico de la herencia.

V. *Del amor divino y de su viaje de Oriente a Occidente.*

Hemos hablado del amor humano. Pasemos a tratar del amor divino, esto es, de la aspiración del hombre a amar al Creador tan extremadamente que su aspiración suprema sea confundirse con él: camino de perfección que conduce al histerismo con desviaciones hacia el erotismo. A primera vista parecen éstas ilógicas, pero hay de ellas numerosos ejemplos. El misticismo es un estado de alma en el que ésta acampa en las fronteras de la patología. Cuando deriva hacia la devoción da imbé-

ciles, cual los dos monarcas citados. Cuando se extravasa literariamente produce escritores magníficos, delirantes, sublimes, que nos embelesan.

El místico, por más que se esfuerce en elevarse hasta el objeto amado y desposarse (confundirse; mejor, fundirse) con él, no puede prescindir de sí mismo; no alcanza a construir el edificio amatorio sino con materiales propios. Empieza espiritualizando y acaba materializando aquellas imágenes que su fantasía le suministró, y así viene a ser a su propia imagen y semejanza. Creyendo estar fuera de sí y amar a Dios, a sí mismo se ama, y con elementos de la propia psicología fabrica su amor. Y como él es producto de una raza y de un escenario geográfico, la llamarada mística brilla con parecida luz en tierras y gentes análogas. Vamos a ver comprobada esta verdad en los místicos del Oriente asiático y los del Oriente occidental o español. ¡*Lástima* que tal tema sólo muy de paso, y someramente, pueda ser tocado en esta conferencia!

El misticismo oriental no viene del Islam ni nace con él en Arabia. Su cuna está mucho más lejos: en la India; pero vémoslo apuntar apenas aparece el jalifato y se establece el contacto entre árabes y persas. Rabbía, mujer de la tribu de Adi, es el primer caso notable de la contaminación. Hizo voto de ir a la Meca en peregrinación, de rodillas, y fué, tardando ocho años en el viaje. Expresábase ante sus discípulos en estos términos:

"Ya mi persona está enlazada por las cadenas del matrimonio y puedes asegurar desde hoy que mi existencia se extinguió en mí para revivir en Él.

"Yo, viviendo desde hace tiempo a la sombra de su imperio, soy toda Él, y Él, queriéndome por esposa, me espera; pero no a mí, sino a Él mismo."

Y como alguien le preguntara si veía a Dios, respondió:

"Ciertísimo que le veo; y si no le viese, no le adoraría."

Vemos aquí un ejemplo de la materialización de la imagen por el místico. San Jerónimo, entregado en el desierto al ascetismo más ferviente, se veía rodeado de matronas romanas, hermosas e incitantes, que se echaban en sus brazos; y él, viéndose en el mísero estado de apetito carnal, arrojábase desnudo sobre matorrales espinosos para que con el dolor se apagase aquel fuego.

El gran filósofo Abu Hamid, Mohamed el Ghazali, natural de Ghazala, en el Jorasán, y profesor de filosofía en la Nizamiya de Bagdad, a la que acudía a escucharle numeroso auditorio, y que fué una de las lumbreras de la ortodoxia islámica, pero que por fin fué cayendo hacia el misticismo, explica de este modo las alucinaciones de los enamorados

del Señor, cuando llegada el alma al estado de aniquilamiento que es, según ellos, el de perfección:

Este estado que los doctores místicos llaman aniquilamiento, es aquel en que el ser humano se halla tan apartado de sí mismo que no siente sus propios miembros, ni nada de lo que está fuera de él, ni tampoco lo que sucede en su interior, y está como ajeno a todo ello, mientras se va hacia su Señor hasta que, al fin, se absorbe en él. Y si en este tiempo su ánimo piensa que ya está en el Ser Universal, esto es imperfección y defecto. La perfección consiste en que no se dé cuenta de su aniquilamiento, porque extremo de perfección es llegar a él sin consciencia del dicho aniquilamiento. Cosas éstas que el teólogo regular (ortodoxo) estima falsas y sin sentido; pero verdaderamente no es así. Este estado de los místicos es como el tuyo en muchos casos ante lo que más amas, o sea honores, riquezas, mujer. Así, cuando la ira te ciega y te absorbe en tus pensamientos de odio contra tu enemigo o por la vehemencia del deseo, se abstrae tu pensamiento en la contemplación de la imagen de tu amiga, no quedándote atención alguna para otra cosa. Te hablan, y no oyes; pasa alguien delante de tí y no lo ves, y tienes los ojos bien abiertos y los oídos bien expeditos. En esta sumersión de ti en ti mismo no tienes conciencia de nada, ni siquiera de tu éxtasis, porque tu propio pensamiento, absorto en el objeto en que va sumergiéndose, se aparta del proceso de la sumersión.

VII

El misticismo oriental, indo-persa, como queda dicho, no aparece organizado y potente hasta el siglo x; pero trae consigo elementos neoplatónicos introducidos en Siria anteriormente (en el siglo v) por un fraile sirio llamado Esteban Bar Sudaili, cuyos escritos vinieron a ser muy leídos en Bagdad. En esta ciudad se formó el núcleo de creyentes en las doctrinas de la encarnación, de la hipostasis divina, del emanatismo y del panteísmo, verdaderos herejes ante el mahometismo. Poco después aparece el *misticismo con levadura casi completamente persa*, a cuyos adeptos se vino a llamar *sufis* (de la voz arábiga *suf*, lana), porque vestíanse de lana solamente. Para ellos Dios es el alma del Mundo, y fuera de Él no hay nada. Las cosas creadas no son más que imágenes o reflejos de la Divinidad, y los actos de los hombres consecuencias de la voluntad divina. Por tanto, *negación radical del libre albedrío*.

Para el místico, el alma humana y el Creador son dos amantes que tienden el uno hacia el otro. El alma busca al Creador para ser absor-

bida por él, y la perfección consiste en llegar a esa absorción. Llégase rompiendo todos los lazos de la carne, renegando del propio sér, domando las pasiones hasta anularlas para conseguir, muertas ellas, la suprema dicha, que es el aniquilamiento en Dios.

Bayazid el Bistami exclamaba: "¡Oh, Señor!, ¿cuándo mē consubstanciaré contigo?" (Siglo IX.)

Los cruzados, al contacto del sufismo, sintiéronle los efectos, y caballero cristiano hubo que construyó, cerca de Ramla, en Siria, una casa para los sufis. Cierto que en todo parecían cristianos tal como se iba entendiendo el cristianismo en Occidente por aquellos días. Saadi exclamaba: "Benditos los niños que mueren inocentes, no como los viejos, que mueren manchados por la culpa."

Preceptos de Yelal ad-edin al-Rumi:

He aquí mi ley para que seáis más cerca del Señor en privado y en público.

I.—Comed poco, dormid poco, hablad poco.

II.—Apartaos de la maldad y del pecado.

III.—Sed constantes en el ayuno y firmes en la penitencia.

IV.—Huid con todo el poder vuestro de las pasiones carnales.

V.—Soportad con paciencia las ofensas, vengan de quien vinieren.

VI.—Huíd de la compañía del vil y del necio, y procurad la del magnánimo y pío.

El hombre mejor es el que hace el bien, y el mejor discurso el más breve y que mejor guía a los hombres.

Murió en Iconio poco después que San Francisco de Asís, su equivalente occidental. Para entonces ya todo el Occidente estaba orientalizado, es decir, islamizado.

El siglo XIII vió al Islam vencido por las armas materiales, pero vencedor por las espirituales. Al misticismo arábigo-persa corresponde el germano-israelita, mezcla del temperamento ario con el del Evangelio; el ario, influído por el arábigo-persa, con quien lo de evangélico, es decir, lo de israelita, le abre amplia vía de comunicación.

Pero otros contactos obran con gran eficacia. El principal la helenización de la cultura musulmana y su acción sobre la barbarie occidental, vía Iberia y vía Sicilia, sin contar la directa, vía Siria y Egipto, seguida por los cruzados. A las influencias ibéricas comenzadas por Córdoba (siglo IX) y continuaba por los traductores toledanos (siglo XIII) que llevaron a noticia de los frailes benedictinos, cluniacenses y cistercienses las doctrinas de Aristóteles, de Platón y otros (sobre todo el primero, por las obras de Ibn Roch o Averroes), produciendo la revolución

intelectual que se llamó primer Renacimiento, siguiéronse las sicilianas, por las cuales llegó a Europa el reglamento de la Nizamiya de Bagdad, que las primeras universidades europeas fueron copiando. El misticismo tuvo en España un campeón formidable en Muhyi'din Abú Abdal-lá ibn el Arabi, natural de Murcia (1165-1240). Gran filósofo y gran viajero (recorrió todo Oriente y murió en Damasco, donde está enterrado), y de una fecundidad increíble (sólo sus "Revelaciones de la Meka" comprende 12 tomos) inspiró al Dante su canto "El Infierno" de "La divina comedia".

La contaminación mística vino principalmente por el Mediterráneo, sirviéndole de vehículo las Cruzadas. Pronto tuvo el cristianismo occidental sus frailes pobres vestidos de lana. Los primeros, los franciscanos. Las Ordenes mendicantes occidentales no son más que copias de las Ordenes mendicantes sufis. Así la Cruzada peninsular vino de Europa impregnada de sufismo, semilla que aquí prendió luego vigorosamente, favorecida por la analogía del terreno espiritual, y si dimos al Islam el primero de sus místicos, el mencionado El Arabi, también al cristianismo; y tan parecidos a los islamitas que luego se advierte el parentesco, no por copia, sino por analogía espontánea. Nuestros místicos católicos son ejemplares perfectamente islamitas, en primer término Santa Teresa.

De ella dice un biógrafo:

"En todas las páginas del libro de su vida se ven las huellas de una pasión viva, de una franqueza conmovedora y de un iluminismo consagrado por la fe de los fieles. Todas sus afirmaciones atestiguan que creía firmemente en la unión espiritual entre ella y Jesucristo; veía a Dios, la Virgen, los santos y los ángeles en todo su esplendor, y de lo alto recibía inspiraciones que aprovechaba para la disciplina de su vida interior." En suma: sufismo puro.

Su primer éxtasis lo tuvo a los cuarenta y tres años cumplidos.

Más tarde tuvo esta visión:

Vi un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo, en forma corporal. No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan... Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía que las llevaba consigo, y me dejaba abrasada en grande amor de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal,

sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad que lo dé a gustar a quien pensare que miento." (Vida, capítulo XXIX.)

La fiesta de la Transverberación de Santa Teresa, instituída por Benedicto XIII en 1726, ha santificado estas apariciones, con lo que la misma Iglesia de Roma ha quedado adscrita al sufismo: confesándose islamizada.

* * *

Podría hablar muchas horas sobre esto, sin agotar el tema. El recelo de abusar de vuestra paciencia me decide a hacer punto; pero antes permitidme insistir sobre esta verdad desconocida: en lo tocante al amor humano como en lo que atañe al divino, nuestra península se nos revela como una prolongación occidental del Oriente asiático, y la misma analogía nos descubriría el estudio de cualquier otro aspecto de nuestra civilización. La europeización ibérica, esto es, la incorporación de Iberia a los destinos de los arios de Europa es nuestro disparate esencial, en el que lastimosamente persistimos hace más de mil años, y del que no alcanza a disuadirnos el siniestro crujir de la civilización europea al iniciarse el derrumbamiento, trágico espectáculo al que asistimos sin comprenderlo.